

llas palabras que lo abrazan todo: "ninguna cosa tiene real existencia sino él solo:" es decir: toda perfección, cualquiera que sea, está en Dios y solo en él es real y esencial, como si dijéramos, absoluta, necesaria, infinita, eterna.

20. ¿Qué se sigue de aquí, amados hijos! Que Dios es el Ser necesario, simplicísimo, inmutable y libre, infinito, eterno, inmenso; que posee una ciencia infinita de todo lo existente y lo posible: que es infinitamente sabio, infinitamente santo, infinitamente veraz, infinitamente justo: que en él se hallan por esencia todas las perfecciones existentes y posibles.

21. Habéis visto en toda esta instrucción que la razón natural basta, no solo para descubrir la existencia de Dios, sino también para conocer algo de su naturaleza: que bien dirigida, nos conduce á reconocer con toda luz que Dios es uno, y no puede haber mas que uno; que es un Espíritu puro, simplicísimo en todo y por todo, y por último, que es infinitamente perfecto; y como estas verdades por medio de la revelación han sido manifestadas con la mayor claridad, perfectamente bien explicadas por la Iglesia y difundidas por todo el mundo, puede y debe decirse de ellas, como de la existencia de Dios, que hoy día y entre todos nosotros los que tenemos la dicha de poseer la fe, residen en nuestras almas bajo la triple forma de la ciencia propia, la fe humana y la fe divina. Demos á Dios infinitas gracias, hermanos é hijos carísimos, porque, siendo un Ser incomprendible, inefable, incapaz de ser expresado con palabra ninguna, como nota San Gregorio de Nicaea; porque siendo mas fácil decir lo que no es, que explicar lo que es, como dice San Agustín; porque no pudiendo ser definido, como dice San Hilario, ni entendida ni explicada de modo alguno su esencia por la naturaleza humana, como advierte San Basilio; se haya dignado darnos, á pesar de todo, tanta luz para elevarnos á Su Majestad; tal conocimiento como el que representan las ideas que tenemos de su existencia, unidad, simplicidad y perfección infinita; tantos estímulos para vivir de su presencia, digámoste así, unírmole con él en la tierra y caminar por esta unión al goce y posesión eterna que promete á los justos en los cielos.



PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

SETIMA INSTRUCCION.

SOBRE EL MISTERIO ALTISIMO DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

Fides autem catholica haec est: ut unum Deum in Trinitate, et Trinitatem in unitate veneremus: neque confundentes personas, neque substantiam separantes.

Esta es la fe católica: que veneremos á un solo Dios en la Trinidad, y á la Trinidad en la unidad, no confundiendo las Personas ni separando la sustancia.

Symb. S. Athanasii.

1. EN mis dos precedentes instrucciones, hermanos é hijos carísimos, os he hablado de Dios en cuanto puede ser conocido no solamente por la fe, sino también por la razón; pues tanto la una como la otra manifiestan al alma como verdades incontestables la existencia, unidad, simplicidad y perfecciones infinitas de Dios. Mas no es esto lo único que debemos saber y entender acerca de Su Majestad Divina: porque se ha dignado darnos de su esencia y naturaleza nociones elevadísimas á que no podía llegar nunca la razón humana. Estas pertenecen exclusivamente á la fe, no pueden ser conocidas sino por ella, son esencialmente oscuras, y por lo mismo se llaman *Misterios*: porque *misterio* quiere decir, en su significación mas estricta, cosa oculta, verdad incomprendible, y á ellos aludía el apóstol San Pablo, cuando escribiendo á los fieles de Corinto, les decía de esta manera: *Predicamos la sabiduría de Dios en el misterio*. El primero, el mas elevado y sublime de todos los misterios de la fe católica es el de la Santísima Trinidad; porque trata de Dios en su esencia y naturaleza, y funda toda verdad, lo cual hacia decir á San Juan: *Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres no son mas que uno*: y por esto final-

mente leemos en el símbolo de San Atanasio que este adorable misterio es la fe católica, como si dijéramos, la esencia de la fe, el fondo de la fe, el fundamento de la fe. Este adorable misterio no solamente contiene la noción mas perfecta que puede tenerse de Dios mientras no llega el venturoso día en que le vea el alma en Sí mismo; sino que abraza elemental y virtualmente toda verdad: porque todo el órden sobrenatural se halla representado en este dogma, y á él se refiere asimismo toda la creacion; siendo así que las verdades que nos manifiestan el origen é historia de todos los seres creados en el órden de la religion y la moral, van refiriéndose á Dios Nuestro Señor, como Uno en esencia y Trino en Personas. Esta consideración nos da bastante luz para conocer el carácter fundamental de este dogma y penetrar mas á fondo el gran sentido que tienen las palabras de mi texto: "Esta es la fe católica: el que veneremos á un solo Dios en la Trinidad, y á la Trinidad en la Unidad, no confundiendo las personas ni separando la sustancia." *Fides autem catholica hæc est: ut unum Deum in Trinitate et Trinitatem in unitate veneremus: neque confundentes personas, neque substantiam separantes.*

2. Cómo sea Dios al mismo tiempo Uno en su esencia y Trino en personas, de manera que ni puedan éstas confundirse ni aquella separarse, cosa es, hijos míos, que abruma y rinde nuestra inteligencia, que no puede penetrar nuestra razón, que es inaccesible por sí. Siendo superior á la razón, incomprendible, claro es que el entendimiento humano con toda su luz y con todo su poder, es incapaz de demostrar por sí la verdad intrínseca de este misterio, é igualmente de redargüirle de falso. Esto es tan obvio, tan manifiesto y palmario, que yo perdería el tiempo si pretendiese demostrarlo, y por lo mismo doí por sabida y notoria la oscuridad esencial de este dogma, y el hecho de ser un arcano, un misterio incomprendible.

3. Pero qué, ¿tal oscuridad será motivo para introducir la duda; importará la exclusión de toda inteligencia, y hará que tan alto misterio sea del todo estéril para nosotros? No, hijos míos: es un misterio, y el primero de todos, y esencialmente oscuro, y el que se halla cubierto con velos mas impenetrables; mas no por esto deja sin seguridad á la creencia, sin luz á la razón y sin consecuencias á todo el hombre: al contrario, tiene un triple carácter, conviene á saber: un carácter de solidez que todo lo afirma, un carácter de inteligibilidad que á todos es manifiesto, y un carácter de fecundidad que todo lo santifica y perfecciona: tiene pruebas evidentes, para asegurar la creencia; tiene luces extrínsecas, para manifestarse á la razón; tiene influjo esencial en la conducta: puede ser dogmáticamente demostrado, doctrinalmente entendido; moralmente aprovechado. Ved pues aquí, amados hijos, lo que yo puedo y debo deciros, aunque muy suscitadamente, para ilustrar vuestras almas acerca de este angustísimo dogma. Demostración teológica del misterio que asegura la creencia; hé aquí la primera parte: explicación del misterio, para darle á entender suficientemente á la razón; hé aquí la segunda parte: moralidad del misterio para regir la conducta y santificar al alma; hé aquí la tercera parte.

4. Tal vez, hijos míos, me veré precisado á dar á esta instrucción una extensión mucho mas grande que la que hasta aquí habia estado dando á las otras. Pero, si así fuere, tened presente que se trata en ella del primero y mas elevado de nuestros mis-

rios religiosos; de un dogma tenazmente combatido por los herejes é incrédulos desde la mas remota antigüedad, y que por lo mismo exige la manifestación de aquellas pruebas incontestables que acreditan plenamente su verdad y fundan sólidamente su creencia; de un dogma que, por ser el mas misterioso de todos, debe ser muy escrupulosamente explicado, de manera que ni por falta de luz se le crea inteligible como pretenden los incrédulos, ni por un excesivo empeño en explicarle se caiga en el extremo de suponerle capaz de una demostración, como lo han pretendido algunos con tan buena fe como poca cordura; de un dogma finalmente que, relacionado con todos los otros, y ligado con suma estrechez á toda la religion y á todo el hombre, afecta esencialmente el órden religioso y moral, y exige por tanto las concernientes aplicaciones. Determinado por estas razones, y deseando presentar la materia en un solo discurso, para no interrumpirle tal vez con perjuicio de la unidad, no me retraigo por el temor consiguiente á lo muy extenso. El interés propio de la materia sostendrá vuestra atención; y si el caso demanda mayor detenimiento en cada parte, vuestros párrocos podrán muy bien dedicar á cada una de ellas una atención particular, leyéndola y explicándola toda en tres días diversos, y reservándose para el último hacerlos de todo la conveniente recapitulación. Estadme pues muy atentos: porque tratándose de tan alto misterio, sería muy peligroso distraerse.

I.

5. Anunciar, hijos míos, la demostración de un misterio, parece á primera vista una contradicción y un absurdo. ¿Cómo demostrar un misterio? Si una verdad es demostrable por la razón, deja de estar sobre ella, no tiene ya oscuridad alguna, y en consecuencia ni el carácter de misterio: viceversa, si una verdad es misterio, y como tal incomprendible, no puede ser demostrada por la razón: luego anunciar la demostración de un misterio es una cosa tan incomprendible como éste. ¿Cómo salir de esta dificultad? De una manera muy sencilla, hijos míos: recordando por una parte lo que os he dicho sobre la oscuridad intrínseca y claridad extrínseca de nuestros dogmas, y determinando por otra el carácter propio de la demostración que os anuncio. Os dije, á propósito de lo primero, en la instrucción con que di principio á la explicación de la primera parte de la Doctrina, que la fe, sin embargo de la oscuridad de su fondo, tiene una claridad exterior tan espléndida, que basta para estar seguros con ciencia propia de que los dogmas de la fe son verdades reveladas por Dios. Síguese de aquí que éstas, y en consecuencia los misterios, y por lo mismo el de la Santísima Trinidad, tienen un aspecto demostrativo que la razón puede manifestarse y demostrar con toda la luz de la ciencia. ¿Cuál es éste? Que Dios nuestro Señor ha revelado estos misterios. Esto sí se sabe muy bien, se entiende muy bien, se demuestra perfectamente bien, se ve á la luz de toda evidencia, es objeto de una demostración filosófica. ¿Por qué? Porque se trata de un hecho, y todo hecho puede ser demostrado; toda demostración produce certidumbre, y la certidumbre asegura la creencia. La razón humana sabe perfectamente bien que hay un Dios; que este Dios, como infinitamente sabio, todo lo sabe y sobre nada puede en-

gañarse; como infinitamente veraz, no puede absolutamente engañar á nadie; como infinitamente poderoso, puede manifestar la verdad á quien quiera, cuando quiera y como quiera. Sígnese de aquí, que si la razon llega á saber, en efecto, que Dios ha revelado alguna verdad, tiene toda evidencia de que lo revelado es verdad, no por el conocimiento intrínseco que de esta verdad tenga, sino por la íntima persuacion en que se halla de la veracidad de Dios, como la que puede tener de que dos y dos hacen cuatro, de que un círculo es redondo. Ahora bien: Dios hizo una revelacion, y el hombre lo sabe, y no solamente en general, sino tambien en particular: porque sabe, no solo que Dios reveló, sino lo que reveló, cómo y cuándo lo reveló. Ya os dije que las Santas Escrituras son el depósito de la revelacion, y que este hecho, es decir, el que contiene la revelacion divina, es un punto de que la humanidad tiene ciencia propia, y por esto demostré la autenticidad, verdad, integridad y divinidad de todos los Libros sagrados. Os dije igualmente que la Iglesia es una institucion divina, dotada de infalibilidad para enseñar al pueblo católico las verdades de la fe, y este punto, que se demuestra con la misma claridad, fué el objeto de mi tercera instruccion sobre la primera parte de la doctrina. Sígnese de lo dicho, que los dogmas de la fe pueden ser demostrados, no en su contenido, sino en su existencia y procedencia; pero que esto basta para creerlos con toda seguridad y sin la mas mínima vacilacion: pues sabiendo ciertamente, como sabemos por ciencia propia, que Dios no puede engañarse ni engañarnos, nos basta estar ciertos de que Dios ha revelado alguna cosa, para estar seguros, muy seguros, infinitamente seguros, por decirlo así, de que la cosa revelada es una verdad infalible. Luego, tratándose de los dogmas y supuesto el conocimiento dicho, lo que debemos probar ya, es, no que los dogmas son verdaderos, sino que en efecto han sido revelados por Dios y enseñados por la Iglesia; y tal es, hijos míos, la demostracion teológica ó dogmática. Esta presupone la primera, es decir, la demostracion filosófica y científica. En materia de misterios hai dos cosas que demostrar: una que pertenece á la razon, y otra que corresponde á la doctrina. ¿Qué dice la razon por ciencia propia? “Lo que Dios ha revelado es una verdad infalible.” ¿Qué dice la Teología, para asegurar nuestra creencia? “Este artículo de fe ha sido revelado por Dios; porque consta en las Santas Escrituras y la Iglesia nos lo enseña.” Esto supuesto, ¿qué debo hacer yo, para dar el lleno á la demostracion que he anunciado? ¿Acaso lo primero? No, porque ya lo dije; ya lo demostré, ya tengo probada la existencia y la veracidad infinita de Dios, la posibilidad y necesidad de la revelacion, la autenticidad, verdad ó integridad de los Libros Sagrados. Luego lo único que me resta, es demostraros que el dogma de la Santísima Trinidad está revelado por Dios en las Santas Escrituras y enseñado por la Santa Iglesia católica.

6. A tres fuentes debemos ocurrir para dejar bien probada la revelacion de este dogma, conviene á saber: al Antiguo Testamento, al Nuevo Testamento y á la Iglesia católica: Recorriendo las páginas del Antiguo Testamento, seria cosa fácil formar con diferentes lugares de él muchas pruebas inductivas de este dogma sagrado, aunque por otra parte sea notorio que este no se halla consignado allí con toda la claridad y precision que le vemos en el Nuevo. Sin embargo, me limitaré únicamente á la prueba que suministran las primeras páginas del Génesis, aquellas en que se habla de la creacion

del universo y del hombre; y esto lo haré, hijos míos, no porque lo crea necesario, pues para mi propósito bastaria referiros lo que acerca de tan grande misterio nos enseñaron Jesucristo nuestro Señor y sus apóstoles; sino porque la explicacion que debo daros del lugar del Génesis á que me refiero, podrá servirme, no solo como una prueba del dogma, sino tambien como una luz anticipada para mostraros su inteligencia, y aun para decir algo sobre la moralidad del misterio: lo cual debe sin duda, ser de grande utilidad para vosotros, porque puede considerarse como una excelente preparacion para lo que me propongo explicaros en la segunda y tercera parte. Estadme pues atentos.

7. Cuando Dios nuestro Señor hubo concluido su obra maravillosa de la creacion del universo físico, hizo una especie de pausa, como á fin de prepararse, digámoslo así, para crear al hombre: pareció entrar en consejo consigo mismo, evocar desde su eternidad un concepto que debia pasar á la existencia y coronar dignamente la grande obra de la creacion. Para crear cada cosa, bastóle una palabra que representara el simple querer de su voluntad, y esta palabra, usada impersonalmente, no carece de misterio. ¿Cuál es esta palabra impersonal? HAGASE, *fiat*. “Hágase la luz, y la luz fué hecha.” Hágase el firmamento: júntense las aguas que están bajo el cielo en un solo lugar: germine la tierra: den fruto los árboles: haya dos grandes luminares en el firmamento: haya peces en las aguas, aves en el aire, bestias en la tierra, &c. ¿Véis, hermanos míos, véis esta especie de apartamiento que pone Dios con sus palabras entre su Magestad y los seres que cria? Pues no sucede lo mismo tratándose del hombre: esta creatura está destinada para colocarse entre Dios y la creacion física: hallarásle toda ésta sometida enteramente á su dominio, y el hombre al inmediato de Dios. Cuando se trata pues de que haya no solo seres físicos sino tambien humanidad, es decir: un ser inteligente y libre, Dios cambia de plan, de conducta y de lenguaje: él mismo es el que obra, y al producir la mas perfecta, la mas digna y amada de sus creaturas, la produce de Sí, y la deja unida consigo: “Hagamos, dice, al hombre á nuestra imagen y semejanza: y presida con dominio á los peces de la mar, y á las aves del cielo, y á las bestias, y á la tierra, y cuanto en ella se mueve.”

8. Comenzad, hijos míos, poniendo vuestra atencion sobre la primera palabra: *Hagamos*. ¿Qué entendéis, qué sentís al meditarla? Sin duda alguna todo el gran misterio. ¿Por ventura po es Dios Uno en esencia? ¿Por ventura este Dios Uno en esencia no es quien aquí habla? Sí, amados hijos: Dios es Uno, y este Dios Uno es quien dijo: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*. Si pues Dios es Uno, ¿por qué dice *hagamos*? Porque tambien es Trino en Personas, y este *hagamos* representa la accion comun de toda la Trinidad Augusta. ¿Es esta una interpretacion caprichosa? No, amados hijos: los Padres y Doctores católicos han entendido del mismo modo el por qué de esta palabra: han visto en ella la primera revelacion de la Trinidad. Dejemos que sin embargo el angusto dogma no sea bien entendido desde el principio: dejemos que pase, no solo con la oscuridad propia de su fondo, sino con ciertos velos exteriores que se romperán despues á la voz de Jesucristo, como los del Templo: dejemos que todo el Antiguo Testamento no nos proporcione una enunciacion clara y precisa, sin embargo de que el dogma de la Trinidad se halla como esparcido en todas sus páginas: respetemos

esos cuarenta siglos de misteriosas sombras; porque tal es el carácter de aquel pueblo; de aquellas instituciones, de aquel sacerdocio de aquella lei: emblemas, representaciones, profecías, figuras, sombras en suma. Mas hoy que nuestras almas están bañadas con la luz del Evangelio; hoy que por dicha nuestra conocemos y entendemos bien el sacrosantísimo dogma, retrocedamos á los tiempos del Paraiso, veámos lo que Dios dijo y lo que hizo; y á la vista de su palabra y nuestra naturaleza, quedaremos pasmados de asombro al ver que el hombre trae consigo, no solamente la revelacion, sino una especie de trasunto, aunque limitado y en pequeño, de aquella Trinidad gloriosa. Decidme, hijos míos: ¿podéis nunca confundir vuestro pensamiento con vuestro cuerpo? Sin duda que no, ¿Podéis identificar vuestro cuerpo mismo con la materia bruta, con la materia que vegeta y con los mismos animales? No. ¿Cuál podrá ser pues el motivo? Oídlo, hijos míos. Los otros cuerpos aparecieron al pronunciarse esta palabra: HAGASE; *fiat*; mas el del hombre fué formado por Dios. "Formó Dios al hombre, dice el Génesis, de barro de la tierra." Ya desde aquí empezáis á notar la diferencia entre cuerpo y cuerpo: todos los cuerpos son tierra, todos son materia; mas el del hombre es, por decirlo así, una tierra, una materia que se amolda bajo la mano del Creador. No paremos aquí. ¿Qué hizo Dios en seguida? "Inspiró, dice el Sagrado Texto, en el rostro, (*es decir, el de aquel cuerpo que acababa de formar*) soplo de vida, y fué hecho el hombre en ánima, viviente." Ved aquí á Dios, por explicarme de esta manera, haciendo al hombre participante de su naturaleza. Este soplo de vida es una participacion de Dios mismo: luego el ser que este soplo divino anima y constituye, será la imagen, la semejanza de Dios. Este soplo de vida, emanacion misteriosa de una sustancia simple, será el espíritu, simple tambien, incapaz de composicion y de mezcla. Este soplo de vida viene de una sustancia eterna: el alma del hombre será pues inmortal. Este soplo de vida es la vida misma; el hombre pues vivirá por su alma. Este soplo de vida es lo excelente, lo supremo, lo poderoso de la naturaleza: el hombre pues gobernará su cuerpo y la materia toda con su alma. Ven-gamos á la comparacion. ¿Quién es Dios? Es un Espíritu puro. ¿Quién es el hombre? Un espíritu servido por la materia que forma su cuerpo. Dios es una sustancia; el alma lo es tambien: luego en primer lugar hai en el hombre una unidad de sustancia en su alma, lo mismo que en Dios. ¿Qué hai en el alma inseparable de ella, esencial á ella, y al parecer ella misma? Su pensamiento: mas el pensamiento no es el alma; pero es inseparable del alma, es produccion del alma, es generacion del alma, es hijo del alma. Ved pues aquí una semejanza de la segunda Persona de la Trinidad gloriosa. ¿Qué relaciones hai entre el alma y su propio pensamiento? El amor de este pensamiento mismo como hijo suyo, compañero suyo, produccion suya, palabra interna suya, manifestacion suya de verdad. ¿Hai cosa mas íntima que la union del alma con su propio pensamiento? ¿Hai signo que represente mas al vivo el amor que la union de los objetos que se aman? Ved pues, hijos míos, de que manera la voluntad con sus actos, como una derivacion comun del alma y su pensamiento, nos dan alguna idea del Espíritu Santo.

9. Ved pues cómo, sin salir del Antiguo Testamento, y precisamente en sus primeras páginas, encontramos la revelacion de este augusto misterio. Pero no nos deten-

gamos aquí; pues cuando Jesucristo Señor nuestro predicó la Doctrina, enseñó claramente el dogma de la Santísima Trinidad y lo mismo hicieron sus discípulos. Ven-gamos pues á esta segunda prueba.

10. ¿Qué debe probarse, hijos míos, con la doctrina del Santo Evangelio? Dos cosas: primera, que en Dios hai tres Personas distintas; segunda, que estas tres Personas son un solo Dios. Ved aquí ahora, todo lo que á propósito de esto dijo nuestro Señor Jesucristo á sus apóstoles, según leemos en el capítulo XXVIII, *V* 19 de San Matéo: *Id: enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.* Cuando dice *en el Nombre*, habla el Divino Maestro de representacion, y no de designacion: luego el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son un solo Dios, y no tres Dioses; puesto que la representacion es una sola y no triple, como lo indica la palabra *nombre* usada en singular. Mas, para que no quedase ni la mas leve sombra, leemos en la primera Epístola de San Juan, capítulo V, *V* 7 estas terminantes palabras: *Tres son los que dan testimonio en el Cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa.* Si á esta prueba escritural quisiese yo añadir la de una tradicion excelentemente probada y perfectamente sostenida, me bastaría recorrer con vosotros la historia de la enseñanza de este dogma católico á los fieles, y de su defensa contra los herejes que le han combatido. Desde San Justino y San Ireneo hasta San Bernardo, que cierra la cadena de los Padres, podria formar aquí un tejido perfecto de testimonios tradicionales de este dogma.

11. ¿Qué os diré de la Iglesia católica? Mostráros su Símbolo, y esto me basta. El de los apóstoles propone la unidad de Dios en estas palabras: *Creo en Dios*: enseña la Trinidad de las Personas en estas otras: *Padre Todopoderoso: en Jesucristo su único Hijo: creo en el Espíritu Santo.* El símbolo de Nicea enseña la unidad de Dios en estas palabras: *Creo en un solo Dios*, y predica la Trinidad de las Personas en estas otras: *Padre omnipotente*; hé aquí á la primera Persona, *Creo en Jesucristo Señor, Hijo Unigénito del Padre: engendrado, no hecho; consustancial al Padre*; hé aquí á la segunda Persona: *Creo en el Espíritu Santo, Señor y vivificante, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y conglorificado*: hé aquí á la tercera Persona. En el símbolo llamado de San Atanasio y autorizado por la Santa Iglesia se enseña esta misma verdad, como lo habéis visto en las palabras de mi texto.

12. Pero no nos detengamos aquí, sin embargo de que lo dicho forma una prueba concluyente de su género. Dirigid una ojeada por todas las instituciones de la Iglesia católica; considerad atentamente cada uno de sus grandes objetos: donde quiera encontraréis escrito, invocado, explicado y profesado este augusto misterio: en sus decisiones dogmáticas, en su administracion espiritual, en su culto. En cuanto á lo primero, ya os he citado los artículos de su símbolo, y solo añadiré que en la historia de los debates que ha sostenido en todos los tiempos contra los herejes, ocupa la parte principal y mayor este dogma santísimo: constantemente ha estado defendiendo, ya la Trinidad y divinidad de las Personas contra unos, ya la unidad de la Sustancia contra otros.

13. Os he hablado en una de mis instrucciones precedentes de la famosa herejía de Arrio, que atacando la Divinidad del Hijo, negaba con solo esto el dogma de la Tri-

dad. Lo mismo sucedió con el célebre Macedonio, que atacaba directamente la Divinidad del Espíritu Santo, y con ella la Trinidad. En cuanto á la Unidad hubo tambien sus herejías, como el Triteísmo que admitía tres dioses, y el Maniqueísmo, que establecía dos principios necesarios y eternos; uno para el bien y otro para el mal. Mas la Iglesia, siempre alerta contra estas novedades impías, en el momento de aparecer un herejarca derramaba en abundancia magnífica el torrente de la doctrina ortodoxa, definía el dogma, condenaba la herejía y oprimía con su anatema la contumacia de sus autores. Véis pues en esta serie de acontecimientos, en estos debates de siglos, á la Iglesia de Dios ocupada toda en la enseñanza y defensa de este dogma fundamental.

14. Si de aquí pasamos á su gobierno espiritual, nos bastará fijarnos en la institucion y administracion de los sacramentos. Desde el Bautismo, que nos purifica del pecado original, y nos da la vida del espíritu, y atrae á nuestras almas las tres virtudes divinas, hasta la Extremuncion, que consagra nuestra partida de la tierra y nos provee de recursos para la otra vida; todo se ejecuta, todo pasa en el Nombre de la Trinidad Augusta. ¿Manda Jesucristo á sus apóstoles que bauticen á las naciones convertidas? Es en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y así lo hace la Iglesia con estas palabras: *Ego te baptizo in Nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.* ¿Comunica el Pontífice, con la sagrada unción del crisma ó imposición de las manos, un vigor nuevo al ser que nos da el Bautismo? Es en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. ¿Ejerce la Iglesia el sublime poder de restituir la gracia, desatando las Ligaduras del pecado, al penitente arrepentido que le confiesa? Es en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. ¿Bendice la union conyugal? ¿ordena ministros de sus altares? Es en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. De esta suerte, hijos míos, la Iglesia ejerce su poder invocando este Nombre, profesando y venerando este dogma.

15. ¿Qué os diré de su culto? Dos palabras: "venid y ved:" donde quiera es invocada la Trinidad Augusta. ¿Sube el sacerdote al altar del sacrificio para celebrar los tremendos Misterios? Oid pues sus primeras palabras: "En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." Cuando anuncia la palabra divina el ministro del Evangelio, comienza signándose, y por lo mismo profesando el gran misterio, como lo sabéis; pues cuando practicamos este acto de religion, recordamos con él y veneramos los misterios de la Unidad de Dios y Santísima Trinidad y el de la Encarnacion del Verbo Divino en las entrañas de María. Si recita con los fieles el Santísimo Rosario, invoca con demasiada frecuencia el santo misterio: si entona las alabanzas de Dios, cantando los Salmos del Profeta Rei, comienza invocando el gran misterio, continúa dando á cada paso la "Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo," y concluye deseando sempiterna alabanza, honor y gloria por los siglos de los siglos á la Sacrosanta é individua Trinidad.

16. En fin, amados hijos, todo lo hace la Iglesia de Dios en este Santo Nombre: á cada paso le invoque; y nada piensa, nada dice, nada ejecuta, que no sea enderezado á su mayor honra y gloria. Esas grandes juntas de la Iglesia, esos concilios en toda su escala se inauguran en el Nombre de la Trinidad Santa, como leemos en el Tridentino, Ses. 2.^a sobre el Símbolo de la fe, en estas palabras: "En el nombre de la Santa é indivi-

dua Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo;" y exigen la profesion de éste y todos los dogmas á cuantos reciben beneficio ó ejercen autoridad. De esta suerte la Iglesia toda con su símbolo, su legislación, sus sacramentos, su culto y su gobierno es una prueba constante, antigua, incesante de este dogma sagrado: sucediendo, por lo mismo, que la verdad y el reconocimiento de este artículo principalísimo de nuestra santa fe no ha dejado nunca de manifestarse clara y distintamente desde Jesucristo Señor nuestro hasta hoy, y en consecuencia nunca dejará de ser la fe de la sociedad católica.

17. Queda pues demostrado que el misterio de la Santísima Trinidad fué revelado por Dios, pues consta en las Santas Escrituras; reconocido y explicado por los Santos Padres, y enseñado por la Iglesia católica. Luego, aunque oscuro, aunque impenetrable, aunque incomprensible, no por esto deja de estar sólidamente apoyado y dar la mas plena seguridad á la creencia; pues la razon humana con sus naturales luces demuestra que lo que Dios dice es verdad infalible; y la Santa Escritura con la Iglesia nos enseñan que Dios ha revelado á los hombres, como un dogma, que es Uno en esencia y Triuno en Personas. Pero he dicho asimismo, que tan alto misterio, sin embargo de las tinieblas angustas que le rodean y encubren su fondo, tiene luces para el entendimiento: y esto es lo segundo que me propongo explicar.

II.

18. Os manifesté ya en mi instruccion sobre la fe, la diferencia que hai entre la palabra *incomprensible* y la palabra *ininteligible*, con el objeto de precaveros contra los sofismas de los incrédulos, que á todo acometen con solo embrollarlo y confundirlo todo. Ellos han confundido ambas palabras, usádaslas indistintamente cuando se trata de los misterios, y querido en consecuencia identificar lo que está sobre la razon con lo que es contrario á la razon, á fin de presentar á ésta y la fe como dos potencias enemigas ó rivales, sin acordarse de que la misma naturaleza, como ya os lo advertí de propósito en mi undécima instruccion, tiene misterios impenetrables, que los mismos incrédulos admiten sin escrúpulo sin embargo que no les pueden explicar ni aun comprender. No, hijos míos: por muy oscuros que sean los misterios, no por esto hai contrariedad ni oposicion alguna entre la razon y la fe; sino ántes al contrario, son ellas dos luces que se desprenden de la misma fuente, del esplendor esencialísimo de Dios, de aquel Sol de inteligencia, como le llama el Libro de la Sabiduría, (V, 6.) de aquel que es en sí mismo incontestable verdad, incapaz de desmentirse, como lo enseña el Apóstol á su discípulo Timoteo en su Epístola segunda. (II, 13) No, hijos míos: el apóstol Santiago nos enseña que una dádiva preciosa, un don perfecto, cualquiera que sea, descende del Padre de las Luces, en quien no cabe mudanza ni sombra de variacion. (I, 17) Si pues la razon con su luz es un precioso don, lo mismo que la fe con la suya, clarísimo es, hijos míos, que debemos considerar una y otra, no como potencias rivales ó enemigas, sino como manantiales de una misma fuente, ramas de un mismo tronco, hermanas legítimas, hijas de un mismo padre. Aunque la fe tenga su oscuridad propia, no es toda tinieblas, ni carece de facciones distintas que la manifiesten á la razon: lo cual basta pa-

ra que ilustre la inteligencia, y aumentando el número de sus conocimientos, extienda en cierta manera sus dominios.

19. Veamos pues, hijos míos, las luces que este adorable misterio despidió sobre nuestra razón sin embargo de su oscuridad, y para esto no se necesita de otra cosa que de explicarle doctrinalmente. Nuestro manual catecismo nos dice que Dios es la Santísima Trinidad; que la Santísima Trinidad es Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo; que el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios; mas no por esto son tres Dioses, sino un solo Dios; Uno en esencia y Trino en Personas. Toda la ciencia de este misterio consiste pues, como leemos en el símbolo de San Atanasio, en saber de tal suerte que Dios es Uno en esencia y Trino en las Personas, es decir: que la unidad es una Trinidad, y la Trinidad una unidad esencial, que ni por la unidad hayan de confundirse las Personas, ni por la Trinidad haya de dividirse la Sustancia.

20. Véis pues aquí el fondo del misterio: la unidad en la Trinidad, y la Trinidad en la unidad: el hecho de que cada Persona es Dios, y no por haber tres Personas hai tres Dioses, sino un solo Dios. Como el Padre es Dios, cuanto puede decirse de Dios puede decirse del Padre: como el Hijo es Dios, cuanto puede decirse de Dios puede decirse del Hijo; como el Espíritu Santo es Dios, cuanto puede decirse de Dios puede decirse del Espíritu Santo. ¿Qué se sigue de aquí? Que siendo Dios increado, inmenso, eterno, omnipotente y Señor de todas las cosas, de cada una de las tres Personas divinas puede y debe decirse lo mismo: luego increado, inmenso, eterno, omnipotente y Señor es el Padre; increado, inmenso, eterno, omnipotente y Señor es el Hijo; increado, inmenso, eterno, omnipotente y Señor es el Espíritu Santo. Mas como las tres Personas, aunque distintas, no hacen tres Dioses, sino que todas las tres son un solo Dios, no puede ni debe decirse que hai tres increados, tres inmensos, tres eternos, tres omnipotentes y tres Señores; sino un solo increado, un solo inmenso, un solo eterno, uno solo omnipotente, un solo Señor, un solo Dios. Todo esto, hijos míos, tiende á manifestar que no debemos dividir la Sustancia por la distinción de las Personas, sino reconocer, sin embargo de esta distinción, aquella unidad.

21. Al contrario, el que estas tres Personas aunque distintas, no sean tres Dioses, sino un solo Dios verdadero, no es motivo para confundirlas ó identificarlas; pues todas y cada una, en calidad de Personas, tienen cuanto es consiguiente á su distinción. ¿Qué quiere decir *distinción*? Negación de *identidad*. ¿Por qué? Porque aquellas cosas se distinguen entre sí de las cuales la una no es la otra. Luego cualquiera pensamiento, cualquiera palabra que destruya esta distinción de Personas, identificándolas ó sustituyéndolas indistintamente la una con la otra, es un error, una herejía; porque ataca el dogma. El Padre no es el Hijo ni el Espíritu Santo; el Hijo no es el Padre ni el Espíritu Santo; el Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo; sino que el Padre solo es Padre, el Hijo solo es Hijo y el Espíritu Santo solo es Espíritu Santo.

22. No imaginéis, hijos míos, que esta distinción de las tres Divinas Personas es meramente nominal ó modal; sino propia, efectiva, real. ¿Por qué? Porque cada una de ellas tiene una cosa tan peculiar, tan propia y exclusiva suya, que no la tienen las otras dos, ni tampoco la pueden tener. ¿Qué tiene el Padre de propio? El ser Padre y en-

gendrar al Hijo. ¿Qué tiene el Hijo de propio? El ser Hijo y ser engendrado del Padre. ¿Qué tiene el Espíritu Santo de propio? El ser, no generante ni engendrado, sino procedente, pues procedo del Padre y del Hijo. Luego el Padre no puede dejar de ser Padre, ni puede ser Hijo ó Espíritu Santo; porque tiene esencialmente la facultad de engendrar, y no es ni puede ser engendrado ni procedente: luego el Hijo no puede dejar de ser Hijo; porque es esencial y necesariamente engendrado del Padre; ni puede ser Padre, pues esto implicaría contradicción con el hecho de ser el Hijo; ni puede ser el Espíritu Santo, pues esta Divina Persona presupone al Padre y al Hijo, de quienes procede. Luego la propiedad exclusiva de la primera Persona es la paternidad; la propiedad exclusiva de la segunda Persona es la filiación; la propiedad exclusiva de la tercera Persona es la procedencia. Esto, hijos míos, da ya bastante luz; pero sin embargo, voi á explicarme un poco mas, hablando: primero de cada Persona en particular, y después, de la consustancialidad esencial de las tres, ó lo que es lo mismo, de cómo las tres Personas distintas son un solo Dios verdadero.

23. *Persona del Padre.* El Padre no ha sido hecho, ni creado; no ha nacido, no procede de nadie: el Padre no tiene principio, no tiene origen. ¿Por qué? Porque allí donde hai una paternidad exclusiva en el ser, donde no ha existido nunca una filiación, donde tampoco puede asignarse procedencia, no hai origen, no hai principio, no hai generacion. La paternidad creada reúne las tres ideas, conviene á saber: reúne la paternidad, la filiación, la procedencia. Todo padre creatura fué hijo antes de ser padre, fué hijo del Padre que le engendró; y como todas las otras creaturas, tiene el origen, la procedencia comun de Dios, Creador del cielo y de la tierra, causa de las causas, Autor del hombre, &c. &c. Mas la paternidad divina es exclusiva: porque de otra suerte Dios sería como el hombre; Dios vendría de otra parte; no sería Dios, y nosotros tendríamos necesidad de seguir eslabon por eslabon la cadena de los seres hasta llegar á aquella primera y esencial paternidad que no tuviese principio, que fuese solo paternidad, todo paternidad, esto es: ser necesario, ser esencial, ser eterno, ser activo y faendo, paternidad esencial.

24. *Persona del Hijo.* Tratándose de esta divina Persona, nuestro pensamiento y nuestra palabra deben variar; porque no debe pensarse ni decirse del Hijo lo mismo que del Padre en calidad de Persona. El Hijo no está sin principio, no está sin origen; porque el Hijo viene del Padre, y de solo el Padre: hé aquí su principio, hé aquí su origen. Mas explicándonos, de esta suerte, no queremos dar á entender que el Hijo nació, fué creado, tiene una derivacion temporal, no: porque este sería un error, sería una herejía, sería un crimen: un error, porque el Hijo es Dios, y Dios es eterno; una herejía, porque la eternidad del Hijo es un dogma de nuestra fe, y decir que ha sido creado, ó hecho, ó que ha nacido ó comenzado en tiempo, es negarle su eternidad; y un crimen, porque la Ley de Dios nos manda, bajo la pena de reprobacion, creer en Dios Hijo coeterno y consustancial al Padre. ¿Cómo viene pues el Hijo del Padre sin dejar de ser eterno como él? Por via de generacion esencial. ¿Qué quiere decir generacion esencial? Aquella sin la cual una cosa no puede existir ni aun concebirse. Y como en Padre no puede concebirse ni mucho ménos existir sin generacion, pues la generacion es la esencia

de la paternidad, el Hijo tiene de ser Hijo el mismo tiempo que lleva el Padre de ser Padre. ¿Y cuánto tiempo lleva el Padre de ser Padre? El mismo que lleva de ser Dios; y como es Dios desde la eternidad, el Hijo también es Hijo desde la eternidad. El Padre concibe eternamente en su seno, y de esta concepción incomprensible resulta eternamente un Hijo, el cual no sale nunca del seno que le engendra. De esta suerte vemos con alguna claridad la distinción de estas dos Personas en la unidad de su sustancia: la paternidad en la filiación coexistiendo por ser esenciales, y distinguiéndose sin embargo, por ser características.

25. "Persona del Espíritu Santo. El Espíritu Santo no ha sido hecho, no ha sido creado, no ha sido engendrado; sino que procede del Padre y del Hijo, como de un principio común. El Espíritu Santo es, pues, procedente y no engendrado; es una *procesión* sin nombre particular. Mas es de fe que procede del Padre y del Hijo, que el Padre y el Hijo le producen como el término de su recíproco amor. Sale pues de las dos primeras Personas, como de una fuente común; sale de su mutuo amor, perfecto y único en su género, como el Hijo es único y perfecto en su orden de producción.

26. "Las explicaciones que hasta aquí llevo hechas miran exclusivamente á la distinción real de las tres divinas Personas; muestran cómo está la Trinidad en la unidad; y cómo finalmente no se han de confundir las tres Personas: son el desarrollo de estas palabras del Símbolo de San Atanasio: "La Trinidad en la unidad, no confundiendo las personas; porque una es la Persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo." Veamos ahora cómo estas tres divinas Personas tienen una igualdad soberana, una eternidad común, como se explica el mismo símbolo: veamos cómo el Ser de Dios está íntegro en cada una de las tres divinas Personas.

27. "El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios; y por consiguiente, cuanto corresponde á la esencia de la Divinidad corresponde también á cada una, de las tres Personas. Todo el Ser de Dios; su esencia, su naturaleza, su sustancia, sus perfecciones infinitas están en cada una de las tres Personas divinas. Recordemos lo que es Dios, lo que comprendemos de Dios, lo que alcanzamos de Dios, y esto mismo debemos aplicarlo á cada una de las tres divinas Personas. Dios es infinito, eterno, inmenso, omnipotente, sabio, soberano, señor de todas las cosas. Esto mismo es el Padre, esto mismo es el Hijo, esto mismo es el Espíritu Santo. Por eso leemos estas palabras en el símbolo de San Atanasio: "Mas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo corresponden por esencia y en igual grado la divinidad, la gloria y la soberanía:" *una est divinitas, equalis gloria, coaeterna majestas.* Todos los atributos que están en Dios, que caracterizan á Dios, que esencialmente tiene Dios, todos están igualmente en cada una de las tres divinas Personas; pues como dice el símbolo: "cual es el Padre, tal es el Hijo, tal es el Espíritu Santo. Eterno es el Padre, eterno es el Hijo, eterno es el Espíritu Santo: increado es el Padre, increado es el Hijo, increado es el Espíritu Santo: omnipotente es el Padre, omnipotente es el Hijo, omnipotente es el Espíritu Santo: Dios y Señor es el Padre, Dios y Señor es el Hijo, Dios y Señor es el Espíritu Santo."

28. "Mas qué! el hallarse sin diferencia ninguna todo el Ser de Dios, y en consecuencia todas sus perfecciones infinitas y sus atributos soberanos, en cada una de las tres

Personas ¿será motivo para decir que hai tres Dioses? No; y en esto precisamente consiste la naturaleza del misterio: porque, así como la Trinidad de las Personas no quita la unidad de la Sustancia, así también el hallarse en cada una de ellas todas las perfecciones de Dios, todo el Ser de Dios, el que cada una de ellas sea Dios no es motivo para decir que haya tres Dioses. No hai pues, como se expresa el citado símbolo, "no hai tres increados, ni tres inmensos, sino un solo increado, un solo inmenso: no hai tres omnipotentes, sino un solo omnipotente: no hai tres Señores, sino un solo Señor: no hai tres Dioses, sino un solo Dios." ¿Por qué? Porque así como, hablando de cada Persona en particular, somos compelidos por el dogma de la fe á reconocerla como Dios y Señor, así también, tratándose de las tres Personas, nos prohíbe la religión católica el decir que hai tres Dioses ó tres Señores. En esta Trinidad no hai nada anterior ni posterior, nada mayor ó menor: todas las tres Personas son coeternas, coiguales; pues, lo repetimos con el símbolo, hemos de reconocer á la Trinidad en la unidad y á la unidad en la Trinidad.

29. Varias comparaciones han empleado los Padres y Doctores de la Iglesia para hacer entender mejor este santo misterio. Ya lo representan en el arco-íris que se dibuja en los cielos, por los tres distintos colores formados en él con un rayo de luz; ya le comparan con un manantial que á poco forma un arroyo, y despues produce un río; ya le asemejan al sol, que siendo una sola sustancia, produce la luz, y del sol y la luz viene el calor; ya con el alma, que piensa y ama su pensamiento; ya con sus potencias mismas. Pero yo las omito, así por no extenderme más, como por haber ya hecho una comparación tomada de nuestra alma en la primera parte, donde hablé de la prueba tomada de las palabras de Dios, cuando dijo: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.*

30. Las reflexiones que llevo hechas hasta aquí, manifiestan perfectamente bien que hai unas cosas comunes á las tres Divinas Personas, que se pueden decir por lo mismo de cada una de ellas, y otras tan exclusivas de cada una, que no pueden afirmarse de las demas. ¿Cuáles son las primeras? Todas las que convienen á Dios como Dios, todos sus atributos soberanos: la esencia, la existencia, la subsistencia, la omnipotencia, la eternidad, la sabiduría, &c., &c. ¿Cuáles son las segundas? La propia personalidad; y como ésta es distinta en cada Persona, hai tres personalidades en Dios: la Paternidad, que es del Padre y solo del Padre; la Filiación, que es del Hijo y solo del Hijo, y la Procedencia, que es del Espíritu Santo y solo del Espíritu Santo. Mas, aunque las propiedades absolutas de Dios corresponden, como se ha dicho, á todas y cada una de las tres Divinas Personas, hai sin embargo algunas que, sin perder su carácter de común á todas, se atribuyen de un modo especial á cada una por su personalidad. ¿Cuáles son estas propiedades? El poder, la sabiduría y el amor. Ahora bien: el Poder se atribuye al Padre, porque es el principio sin principio; la Sabiduría se atribuye al Hijo, porque es el Verbo de Dios, el esplendor de la gloria del Padre y su generacion eterna; y el amor se atribuye al Espíritu Santo, por ser, como ya os lo he explicado, esta Divina Persona una procedencia de amor. Segun esto, aunque el Hijo es Todopoderoso y el Espíritu Santo es Todopoderoso, solo el Padre se dice Todopoderoso, porque el Poder se atribuye

buye al Padre: aunque el Padre es infinitamente sabio y el Espíritu Santo infinitamente sabio, solo al Hijo se le llama *Sabiduría de Dios*: aunque el Padre es amor, y el Hijo es amor, solo el Espíritu Santo se designa con el nombre de *Caridad*, porque al Espíritu Santo se atribuye el amor. Ya comprenderéis por esto, amados hijos, por qué nuestro Símbolo dice: "Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra." Todopoderoso, porque al Padre se atribuye el poder; y como la creación es obra del poder, también se dice "Creador del cielo y de la tierra." El Eclesiástico llama al Padre *Creador de todas las cosas* (XXXV, 7); Nuestro Señor Jesucristo, según leemos en el capítulo XIV, v. 10 de San Juan, dijo: *El Padre hace todas las obras*. En cuanto al Hijo, no solo se designa con el nombre de Verbo, sino que se le da el título especial de *Sabiduría de Dios*, como leemos en el capítulo XIII de los Proverbios, y en el versículo 1º del XXIV del Eclesiástico. Con igual clase de pruebas se demuestra la atribución propia del Espíritu Santo, pues en el capítulo IV, v. 8 de la Epístola de San Juan, se le llama *Caridad*, como lo han entendido todos los Padres, y el apóstol San Pablo, según leemos en los capítulos V, v. 5º; y XV, v. 30 de la Epístola á los Romanos, atribuye al Espíritu Santo la difusión de la caridad en nosotros.

31. Os he hablado también de la Misión divina de cada Persona: el Hijo fué enviado á los hombres para salvarles, y á efecto de redimirles con su muerte, se hizo hombre en las entrañas de María: así pues, solo el Hijo encarnó, y no el Padre ni el Espíritu Santo. Esta Divina Persona fué enviada á María como se lo anunció el Arcángel Gabriel, para que se obrase el gran misterio de la Encarnación, y por tanto decimos que ésta fué obra del Espíritu Santo: finalmente esta misma Persona fué enviada, y descendió sobre los apóstoles en lenguas de fuego el día de Pentecostes, y esto no se dice de las otras dos Personas, sin embargo de ser cierto, como nota San Próspero, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son inseparables y obran de consuno.

32. Esta observación me conduce á deciros también alguna cosa, hijos míos, acerca del modo con que debe hablarse de este sagrado misterio: porque, siendo el más grande, el más profundo y el más incomprensible de todos, sería muy peligroso salirse de aquel lenguaje que ha consagrado ya el uso de la Santa Iglesia, para hablar de él. No se deben pues usar comparaciones indignas, y aun deberían desterrarse las muy materiales, y tanto menos cuanto que habiendo ya empleado algunas los Santos Padres y teólogos más eminentes, basta servirse de ellas en lugar de buscar otras.

33. Es necesario que nuestro lenguaje no destruya ni oscurezca ninguna de las dos ideas que constituyen el fondo de este sagrado misterio; que se hable siempre de cada Persona de manera que se vea y entienda que es Dios, y que sin embargo no son tres Dioses. Así, por ejemplo, para indicar cómo viene una Persona de otra ó de las otras dos, no se ha de indicar esto de modo que destruya la eternidad de la Persona, y en consecuencia si se puede y debe decir que el Padre es principio del Hijo, nunca puede decirse que es causa del Hijo: de la misma manera, el Padre y el Hijo son principio y no causa del Espíritu Santo; porque entónces el Hijo y el Espíritu Santo serían á su turno efectos, y no Personas eternas: porque habéis de saber que lo que viene de la causa es efecto; que efecto viene de *eficio*, que significa *hacer una cosa de otra*. Si pues el

Hijo ó espíritu Santo fuesen efectos, serian hechos, ó creados, y en consecuencia temporales; y no es así, porque el Hijo no fué hecho ni creado, sino engendrado eternamente en la mente del Padre: el Espíritu Santo no fué hecho, ni creado, ni engendrado; sino procedente del Padre y del Hijo como de un principio.

34. Como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son tres Dioses, sino un solo Dios, no puede ni debe usarse, para la designación de las tres Divinas Personas en particular, ninguna de esas palabras que pudieran equivaler á decir tres Dioses: por lo mismo, no debe decirse que hai en Dios tres esencias, tres sustancias, tres naturalezas; porque esto sería tanto como decir *tres Dioses*. En efecto, las tres Personas distintas no son más que una esencia, una sustancia, una naturaleza. Al contrario, hablando de Dios, no se debe decir nada que destruya la Trinidad de las Personas, aplicando á Dios alguna palabra que equivaliese á una Persona, diciendo, por ejemplo, que no hai en Dios más que una hypóstase ó una subsistencia; pues con esto se diría que no hai en Dios más que una Persona, y quedaría destruído el dogma de la Trinidad.

35. Es asimismo necesario, hijos míos, no confundir, al hablar de este santo misterio, ciertas palabras que suele confundir el vulgo; porque de aquí resultaría una falsificación del dogma. La palabra *distinción* no debe confundirse con la palabra *diferencia*: pues la primera significa *negación de identidad*, y la segunda *negación de semejanza*. Para decir que tres cosas son distintas, basta que la una no sea la otra ni la otra, esto es: basta que sean tres, aunque haya entre ellas una perfecta igualdad. Mas la palabra *diferencia* significa negación de semejanza, y por lo mismo, para decir que dos ó más cosas son diferentes, es necesario que no sean semejantes, que no se parezcan las unas á las otras. ¿A dónde iríamos á parar si en lugar de decir que hai en Dios tres Personas distintas, dijésemos que hai en Dios tres Personas diferentes? A la herejía más caracterizada; pues esto sería lo mismo que afirmar que hai tres Dioses. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, no solo no son ni pueden ser diferentes, sino que son un solo Dios, una sola sustancia, una sola esencia y naturaleza.

36. Finalmente, aunque la segunda Persona viene de la primera, y la tercera de la primera y segunda, nunca se ha de inferir de aquí ni decir cosa que destruya la idea de que cada Persona es Dios, y por consiguiente, necesaria, infinita, eterna; y como esto sucedería suponiendo dependencia, sujeción de unas á otras, no se ha de decir simplemente que el Hijo *depende* del Padre, y el Espíritu Santo depende del Padre y del Hijo.

37. En fin, hermanos carísimos, el mismo carácter del misterio, los mismos precisos términos en que nuestro catecismo le enuncia, deben ser la luz de nuestra inteligencia y la norma de nuestro lenguaje, pues con solo comparar nuestras expresiones con la explicación dogmática, podemos hacer la prueba de su exactitud ó inexactitud. Toda expresión que induzca negación ó duda, ya sobre la Unidad de esencia ya sobre la Trinidad de las Personas, debe proscríbirse como mala.

38. Ved pues, hijos míos, cómo este segundo misterio, aunque profundo, impenetrable, incomprensible, tiene sin embargo toda la luz que basta para su objeto, que es, el de saberle y entenderle, el de profesarle debidamente. Pero no es esto solo; porque tan augusto dogma no solamente asegura la creencia, no solamente ilustra la razón, sino

tambien afecta la voluntad, gobierna la conducta y santifica al hombre. Tal es el objeto de mi último punto.

III.

39. Si el hombre pues, como decia poco há, traia consigo una imagen de la Trinidad en su propia naturaleza, ¿podria nunca este sagrado misterio ser estéril en consecuencias para la conducta? No por cierto. ¿No es la Trinidad la perfeccion infinita, con lo cual está dicho todo? Luego el hombre, con solo meditar este misterio y procurar con su conducta avivar mas y mas en sí mismo la imagen de la Trinidad gloriosa, está colocado sin duda en una vasta, indefinida carrera de perfeccion y felicidad. ¿Dónde está la perfeccion del hombre? En la perfeccion de su entendimiento, de su voluntad y de su libertad. ¿Dónde está la perfeccion de su entendimiento? En la fe, que es la verdad plena y absoluta como doctrina, y la union mas íntima del entendimiento humano con el divino como creencia. ¿Dónde está la perfeccion de la voluntad? En el querer el verdadero bien, el único que es esencialmente bien, que nunca puede ser mal, ni mezclarse con lo que es mal, ni dejar de existir. Este bien, hijos míos, es Dios. ¿Quién nos lo enseña? La Sabiduría de Dios, el esplendor de Dios, el Verbo de Dios, el Unigénito del Padre. Luego la perfeccion de nuestra voluntad está en acercarnos, cuanto lo permiten las leyes de nuestra naturaleza, á la union que el Padre tiene con su Verbo, y por consiguiente, en identificar nuestra voluntad con la de Dios. ¿Cuál es la perfeccion de la libertad? Decidírnos constantemente por el verdadero bien, representar en ella la union de nuestra fe con nuestra esperanza, como el Espíritu Santo manifiesta en su procedencia del Padre y el Hijo el amor eterno, esencial é infinito de las dos primeras Personas. Ved aquí un tipo inmenso de perfeccion, un anchuroso y recto camino de felicidad.

40. ¿Qué os diré de la Trinidad en sus operaciones, y sobre todo, en sus relaciones con nosotros? Toda ella, hijos míos, está ocupada del hombre, y ocupada para llevar á efecto su felicidad suprema. El Padre nos ha dado la existencia con su poder, y nos la conserva con su bondad y su Providencia, y aunque no por naturaleza sino por adopcion, y no del mismo modo sino de otro muy diverso, es Padre no solo de su Unigénito, sino tambien de todos nosotros, y por esto Jesucristo encabezó con esta dulce y tierna palabra *Padre nuestro*, esa fórmula divina con que nos enseñó á orar, y por esto, nosotros nos llamamos sus hijos. Ahora bien: si somos hijos, tambien somos herederos; herederos de Dios, coherederos de Cristo: la consecuencia no puede ser ni mas recta ni mas autorizada: está deducida de la esencia misma de las relaciones que el Padre y el Hijo tienen con los hombres, por el mismo apóstol San Pablo. *Si autem filii, et heredes: heredes quidem Dei, coheredes autem Christi.* (Rom. VIII, 17.)

41. El Hijo bajó á la tierra desde el seno de su Padre, y se hizo hombre en las entrañas de la Santísima Virgen María “para poder morir por nosotros, y librarnos del pecado, y enseñarnos con su vida y ejemplo el camino del cielo.” Suyas es la doctrina que profesamos; suyas las gracias que nos fortalecen, perfeccionan y santifican; suyas los

méritos que nos salvan. Nosotros, mediante la Encarnacion del Verbo, subimos á una dignidad inefable: el Verbo divino se revistió de nuestra naturaleza, haciéndose de esta suerte nuestro hermano, y nosotros en consecuencia de esta union hemos participado de su plenitud: salvacion, regeneracion completa, luz plena, gracia sin límites, merecimiento infinito, apoyo constante, fraternidad inefable, dignidad inmensa; todo, todo esto hallamos en la Segunda Persona de la Santísima Trinidad relativamente á nosotros.

42. Obra de la Tercera, hijos míos, fué la Encarnacion del Verbo en las entrañas de María: por esto el Angel de Dios calmó las agitaciones de la Virgen de Nazareth con estas palabras dulces y misteriosas: “El espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, á fecundará.” Dijo: la Virgen pronunció su *fiat*, y el Verbo de Dios fué hecho hombre. Por esto el Símbolo de Nicéa dice, hablando del Verbo, que “encarnó en el vientre de María por obra del Espíritu Santo:” *et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine.* Esta divina Persona es la misma que inspiró á los Profetas para que predijesen á Jesucristo, y por esto el Símbolo dice que “habló por los Profetas:” *locutus est per prophetas.* Esta misma Persona es la que dió el primer impulso á la carrera de los apóstoles, llenándoles de luz y de gracia con la comunicacion de sus Dones divinos cuando bajó en forma de lenguas de fuego y posó sobre todos ellos. Esta misma Persona divina es la que sin cesar derrama en nuestras almas el fuego inextinguible que consume todo lo terreno y hace reinar la caridad en nosotros.

43. Cuando yo repaso, hijos míos, aquel memorable sermón de nuestro Señor Jesucristo en la noche de la Cena, aquellas tiernas instrucciones que daba el Divino Maestro á sus discípulos acerca de los misterios mas profundos de la religion; cuando veo el concierto maravilloso que pone en la doctrina correspondiente al Padre, á sí mismo y al Espíritu Santo, y las relaciones íntimas con que allí aparece toda la humanidad con las tres divinas Personas, un sentimiento indefinible se apodera de mi corazón; y ese gran misterio, colocado en las alturas mas inaccesibles, me parece hallarse todo en el fondo de la humanidad enriquecida con su revelacion, y hallarse, no solo como una simple verdad especulativa, no solo como un objeto augusto de la creencia, sino tambien como una fuente inagotable de afectos los mas puros y de placeres los mas inefables. Aquel Jesus, que con tan tierna solicitud habia traído constantemente consigo á los doce que escogió para fundadores de su Iglesia, prodigándoles á cada paso los tesoros de la doctrina y los nobles estímulos de la santidad, como viese que ellos se afigian con aquellas palabras de una despedida misteriosa, les hizo este discurso, que puede ser visto como la manifestacion de la parte sentimental y moral del gran misterio que os estoy explicando: “No se turbe vuestro corazón. Pues creéis en Dios, creed tambien en mí. “En la casa de mi Padre hai muchas habitaciones; que si no fuese así, os lo hubiera yo “dicho. Yo voy á preparar lugar para vosotros.”... Y como Felipe, uno de sus discípulos, le hubiese pedido que les mostrase al Padre, continuó: “Felipe, quien me ve á mí, ve “tambien al Padre. Pues ¿cómo dices tú: “muéstranos al Padre?” ¿No creéis que yo es- “toí en el Padre, y que el Padre está en mí? Las palabras que yo os hablo, no las ha- “blo de mí mismo. El Padre que está en mí, él mismo hace conmigo las obras que yo

"hago. ¿Cómo no creéis que yo estoi en el Padre, y que el Padre está en mí? Credo á lo ménos por las obras que yo hago. En verdad, en verdad os digo, que quien cree en mí, ese hará tambien las obras que yo hago, y las hará todavía mayores; por cuanto yo me voi al Padre. Y cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre, yo lo haré, á fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo.... Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador para que esté con vosotros eternamente, á saber: al Espíritu de verdad, á quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conoceréis, porque morará con vosotros, y estará dentro de vosotros.... Estas cosas os he dicho, conversando con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo, y os recordará cuantas cosas os tengo dichas." (Joann. cap. XIV.)

44. ¡Qué palabras, hijos míos! ¡qué doctrina tan sublime! ¡qué lecciones tan elocuentes y divinas! Todo se encuentra aquí: la revelacion del gran misterio, la luz bastante para darle á entender, y sobre todo, la parte moral, la parte práctica, la parte sentimental y afectuosa de este dogma sacrosanto. ¿De qué trata nuestro Señor Jesucristo en este discurso? De inundar en un mar de consuelo el alma de sus discípulos. ¿Y solamente de ellos? No; sino tambien de cuantos en el curso de los siglos habian de creer en él y llevar su nombre. No es esta una suposicion mia, sino un concepto vertido por el mismo Jesucristo; pues como leemos adelante, cuando oraba á su Padre por sus discípulos, añadió: (XVII, 20 y 21.) "Pero no ruego solamente por estos, sino tambien por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicacion: que todos sean una misma cosa: y que como tú ¡oh Padre! estás en mí, y yo en tí, así sean ellos una misma cosa en nosotros." Ved pues aquí, hermanos carísimos, al Padre y al Hijo, como habéis visto igualmente al Espíritu Santo, en la relacion mas íntima con nosotros los que tenemos la incomparable dicha de creer y venerar este adorable misterio. ¿Qué cosa mas práctica podéis imaginar que este llamamiento hecho á todos los hombres para que crean en Jesucristo, y para que sepan cómo Jesucristo está en el Padre, cómo el Padre está en Jesucristo, cómo el Espíritu Santo está en el Padre y el Hijo, y es enviado á los cristianos como luz que enseña todas las verdades, consuelo que enjuga todas las lágrimas, é inextinguible fuego que depura todos los sentimientos y les acrisola en la caridad? ¿Puede darse cosa mas tierna que esta reciprocidad entre la humanidad y Dios Trino y Uno?

45. Jesucristo comienza mencionando á Dios Uno; mas no como un objeto exclusivo de la inteligencia, sino como el principio y la fuente de la paz: "Vuestro corazón no se turbe: creéis en Dios, creed tambien en mí." El creer es pues aquí tener paz, consuelo y todo el goce del espíritu: el creer en el Hijo es tener la garantía mas segura de la eterna felicidad, como lo dice él mismo en estas palabras de inefable consuelo: "En la casa de mi Padre hai muchas habitaciones.... Yo voi á preparar lugar para vosotros." Preséntasenos aquí el Padre como el dueño, y el Hijo como el distribuidor de la gloria, de aquella gloria que las tres divinas Personas gozan desde la eternidad, y de la cual han querido hacernos partícipes en el tiempo, para nunca perderla.

46. Y no imaginéis, hijos míos, que á este solo punto se reducen las grandes utili-

dades de este augusto misterio, aunque no se necesitaria de otra cosa para adherirse á él con todo el corazón y toda el alma. Esta primera Persona de la Trinidad Augusta está recibiendo en el cielo las plegarias humildes é inflamados votos de la tierra, la demanda continua de los bienes que acá se buscan conforme á las reglas de su Providencia, y está proveyendo á todo por medio de su Hijo Unigénito: *Cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre, yo lo haré*, dice. Ved aquí al Padre unido con los hombres por medio de la oracion que ellos le dirigen y él escucha benigno y propicio: ved al Hijo dándose á los suyos como la garantía cierta de que todo lo han de conseguir infaliblemente del Padre, y no solo, sino prometiéndoles que él mismo lo dará, y anunciando que en esta liberalidad suma es glorificado el Hijo por el Padre y el Padre por el Hijo. Mas no nos detengamos aquí. Jesucristo va á padecer muerte de Cruz, va á resucitar triunfante, va á subir al cielo; y para que todos estos misterios se cumplan sin que por ello sus discípulos queden desamparados, para que no les falte aquella luz y fortaleza que su presencia les habia estado prodigando, les anuncia la venida de la tercera Persona de la Santísima Trinidad: *Yo rogaré al Padre, les dice, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente.* ¿Quién es este Consolador, hijos míos? *El Espíritu de verdad*, nos dice Jesucristo. ¿Y qué objeto ha de traer este Consolador en su venida? Sostener con la luz, la fortaleza y la santidad la grande institucion de la Iglesia. *Mas el Consolador, dice, el Espíritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo, y os recordará cuantas cosas os tengo dichas.* De hecho, hijos míos, este Divino Espíritu bajó á la tierra, como Jesucristo nuestro Señor lo tenia anunciado y prometido, trayendo á la Iglesia el tesoro infinito de sus Dones. ¿Qué Dones son estos? Aquellos que le son propios: la sabiduría, el entendimiento, el consejo, la fortaleza, la ciencia, la piedad y el santo temor de Dios: porque, como nos lo enseña Isaias en los tres primeros versículos del capítulo undécimo, él es el "Espíritu de sabiduría y de entendimiento, el Espíritu de consejo y de fortaleza, el Espíritu de ciencia y de piedad, el Espíritu del temor del Señor." *Spiritus sapientia et intellectus, Spiritus consilii et fortitudinis, Spiritus scientia et pietatis Spiritus timoris Domini.*

47. ¿Queréis, hijos míos, una cosa mas positiva, una cosa mas práctica, una cosa mas eminentemente moral, una cosa mas íntima que estos dones del Espíritu de Dios? Todas las luces, todas las virtudes, todos los sentimientos mas profundos y mas dignos están aquí. Por todos estos dones, la Santa Iglesia de Dios ha venido á ser un trasunto de su gloria: sabiduría divina, ciencia divina, fortaleza divina, poder, santidad, &c.; todo se admira en esta soberana institucion de Jesucristo. Y á tan rico tesoro corresponden los preciosos frutos que el alma santificada en este Espíritu Divino recoge para su propia ventura. La paz, aquella que concierta en Dios á todo el hombre; la paciencia, que nos hace señores de nosotros mismos, como lo explicaba el Divino Maestro; la liberalidad, que nos hace fáciles y prontos para el bien; la bondad moral, que representa en el alma el estado de gracia y de virtud; la benignidad, que abre el corazón á todos los hombres para cumplir con ellos el precepto del amor; la fe, que nos hace vivir de la verdad eterna, y descansar en las divinas promesas, y adherimos con todo el corazón al Sumo Bien; la modestia, que echa sus raíces en la humildad y hace visible y venerable

el santo retraimiento de la virtud; la continencia, donde se manifiesta todo el poder de la gracia sobre los apetitos sensuales; y la castidad, que trasforma en ángeles á los hombres: hé aquí, amados hijos, los preciosos frutos del Divino Espíritu, la cosecha infinita que recoge el alma favorecida con sus Dones, el cuadro perfecto de sabiduría, santidad y ventura donde vemos lo mas excelente y acabado de la moral evangélica.

48. ¡Qué mas os diré, amados hijos! Toda la Trinidad Santa obra sin cesar en su Iglesia: cuanto hai en ella instituido para sus grandes fines, y nuestra carrera espiritual en ella, pasa en el Nombre de la Santísima Trinidad, como no há mucho he tenido ocasion de manifestároslo. En este Nombre se predica el Evangelio, y el mundo se convierte: en este Nombre se bautiza, y el cristianismo se forma; en este Nombre se confieren los órdenes, y el ministerio sagrado se instituye y perpetúa; en este Nombre se consagra la union conyugal, y la familia queda incorporada en el reino de la fe; en este Nombre se perdonan los pecados, y la humanidad rescuota para la gracia, mediante la penitencia; en fin, la Trinidad al principio; la Trinidad en el medio; la Trinidad en el fin; la Trinidad siempre, la Trinidad donde quiera, la Trinidad constantemente; la Trinidad en los dogmas, la Trinidad en los preceptos, la Trinidad en la oracion, la Trinidad en los sacramentos; la Trinidad santificando nuestra vida mortal, dándonos despues de ella el bien supremo, y recibiendo de los bienaventurados el tributo de salud, bendicion, sabiduría, accion de gracias, honra, virtud y fortaleza en estas palabras que giran sin cesar por todas aquellas gerarquías, por los siglos de los siglos: ¡SANTO, SANTO, SANTO! ¹

¹ Los párrafos colocados entre comillas en esta instruccion sin una cita especial, están tomados en extracto de mi obra intitulada: *Exposicion de la Doctrina católica sobre los dogmas de la religion*; Libro tercero, Capítulo II. Los lectores que quieran una exposicion mas amplia de esta materia, pueden consultar este libro citado; pues todo él trata de los misterios en general, y del de la Santísima Trinidad en particular.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

OCTAVA INSTRUCCION.

SOBRE LA OMNIPOTENCIA CONSIDERADA EN SI MISMA, EN SUS RELACIONES CON LOS DEMAS ATRIBUTOS DE DIOS, Y COMO FUENTE DE TODO PODER.

Ego Deus omnipotens.

Yo soi Dios Todopoderoso.
Gens. Cap. XVII, v. 1.º

1 NUESTRO manual catecismo, amados hijos, despues de las preguntas y respuestas relativas al misterio de la Santísima Trinidad, que os expliqué últimamente, toca el punto de la simplicidad infinita de Dios, manifestando que en cuanto Dios no tiene figura corporal como nosotros, porque es Espíritu puro. Mas no teniendo yo que tocar aquí este punto, por haberle tratado ya en mi sexta instruccion sobre esta primera parte de la doctrina, donde os hablé de la naturaleza espiritual y perfecciones de Dios, paso á tratar de su Omnipotencia, que es el punto que inmediatamente sigue tanto en el Símbolo como en la declaracion citada de nuestro sabio catequista. *¿Cómo es Dios Todopoderoso?* pregunta, y responde: *Porque con solo querer hace cuanto quiere.* Ved aquí, amados hijos, el divino atributo que os debo explicar despues de haber expuesto el mas alto y profundo de nuestros misterios religiosos: porque nuestro Símbolo despues de considerar á Dios en sí mismo, le considera en sus obras; y como en ellas lo que á primera vista figura, es el poder que las ha creado, natural es preparar el dogma de la creacion con la explicacion de la Omnipotencia divina. Por otra parte, la Omnipotencia presupone los otros divinos atributos, como lo advierte con tanta oportunidad el Catecismo del Santo Concilio de Trento: "porque una vez que confesamos á Dios Todo-Po-